

Pequeña biografía de mi mujer

José Coronel Urtecho

Mi mujer era roja como una leona
era campeona de *basket-ball* y vivía en el río
en una hacienda de ganado que ella personalmente manejaba
Porque hacía las veces del padre en su familia de cinco mujeres
Y también manejaba una lancha motora
Porque también era mecánica y marinera
Como lo es todavía
Maestra en toda clase de artes y oficios
Más que cualquier obrero o cualquier artesano
Mucho mejor trabajadora que las señoras y mujer que las criadas
Pues no sólo maneja una casa sino que la hace con sus propias
 manos y la llena de cosas que ella misma fabrica, desde las
 sillas y las mesas hasta las camas y la ropa
Y la llena de vida
Ella prepara toda la madera
Es carpintera de artesón, carpintera de banco y carpintera de rivera
Desde muchacha fue maderera y tuvo cortes de madera
En las selvas de La Azucena, como también en la margen izquier-
 da del río, en la propia frontera, no sólo en territorio de Nica-
 ragua sino también de Costa Rica
Lo que le dio dolores de cabeza con los ladrones y hasta dificulta-
 des con las autoridades
Era cuando tenía su tractor Caterpillar D4
Con el que trabajaba en El Almendro y en las márgenes del Oyate
 y el Tepenaguasape
Y también el Tule —que ella no quiere que deje fuera

Acaba de llegar, en el avión, de San José de Costa Rica —me sorprende escribiendo— y vino de Los Chiles a caballo
«No te olvidés del Tule» —me dice al leerle lo que llevo escrito
Pasa directamente a la cocina, pues aunque no le gusta cocinar, es una insigne cocinera
Hay que ver una mesa puesta por ella
En sus fincas Las Brisas
Con la misma maestría que una cuchara de albañilería o el motor de la luz y su máquina de coser maneja la cuchara
Trabaja también con su D4 en la Costa del Sur, sacando trozas de Las Salinas a la carretera
Nivelando terrenos en Casa Colorada
Haciendo calles en San Carlos y hasta un camino en San Miguelito, cuando no remolcando las grandes balsas de caoba en el lago y el río —un largo cable tiraba de ellas desde un potente remolcador, llamado Falcon, que cabeceaba con lentitud sobre las crespas olas o transportando bajo el sol y la lluvia un cargamento de vaquillas en una motovela
Al puerto de San Carlos llevaba en su gasolina, todos los miércoles —que eran los días de vapor— no sé cuántos quintales de queso y varias latas de mantequilla, y vendía a las pulperías uno o dos paniques de huevos, y cerdos gordos a las chancheras o vacas viejas a los destazadores, y con eso compraba las provisiones
Y lo mismo en Granada, donde pasaba algunas temporadas —y donde años después, ya casada conmigo, manejaría una venta de azúcar al por mayor y al menudeo que tenía mi madre— daba, cada semana, todas las vueltas necesarias para la venta de los quesos y la mantequilla a los revendedores y propietarios de tiendas de abarrotes o negocios de víveres
Porque, ya desde entonces, nadie como ella —una muchacha de pantalones— para entenderse y darse a respetar, negociar y tratar con los contadores y capitanes de las embarcaciones y los carretoneros y camaroneros o cargadores y con los negociantes y mercaderes de las tienduchas del mercado y aun con los mismos usureros

Y era ya, sin embargo, una alemana pelirroja con un soberbio cuerpo de colegiala atleta, ganadora del premio de natación o de carrera
Parecida a la estatua de la muchacha griega que lanza el disco o la jabalina
Con su cara pecosa de leona o gata
Y una mirada verde de reflejos dorados
Cuyo mensaje no descifraron los barbilindos extasiados ante los cromos de las barberías
Más de una vez, algunos, deslumbrados por ella en la noche de un baile o la fiesta de un club, en Granada o Managua, difícilmente la reconocían, vestida de *over oll*, en día de trabajo, reparando un motor en el taller de Pipo o dirigiendo la construcción del Vagamundo en la playa del lago
Sólo yo la miraba exactamente como era
No todo el mundo puede, en el momento dado, reconocer a su mujer y casarse con ella
Pero nosotros nos casamos —aquel día— aquel miércoles en la pequeña iglesia de San Carlos, cuando el vapor ya daba el segundo pitazo, y el cura daba señales de prisa, porque se regresaba en el vapor en que había llegado, yo en pantalones kaki, ella lo mismo, la cabeza cubierta con mi pañuelo, un nudo en cada punta
Fue un casamiento rápido y para siempre
Una luna de miel en el río Melchora
En el pequeño campamento maderero que mi mujer tenía por el Cerro del Mono
Y yo compuse entonces una canción de amor que se titula Luna de Palo
Y cada día componía una canción de amor pero no la escribía
Porque amor es entonces amor y nada más que amor
Amor es sólo amor y diariamente amor
Amor es diariamente una canción de amor que siempre engendra otra canción de amor
Amor es otra vez la primera pareja y el nuevo Paraíso del primer hombre y la primera mujer

Amor es la pareja que se baña desnuda en algún crique de la selva y ve temblar el reflejo de sus cuerpos en el agua
Amor, en ese tiempo, son las noches sin luna en el rancho de Calvo, el hulero, y los días de sol esperando la lluvia, y los días de lluvia riyando la madera a la cabeza de los riyeros
Mi mujer trabajaba donde quiera que estaba
Hasta en Managua tuvo a su cargo una fábrica de cigarrillos
Pero Managua no le gustaba
Porque allí se trabaja únicamente por dinero
Y el trabajo es febril como una tifoidea
Descontrolado y convulsivo como el baile de San Vito
Cuando no es automático y rutinario, más que el trabajo de las hormigas
No se trabaja allí por amor al trabajo
Nadie trabaja por amor
Ella trabaja siempre con amor porque trabaja sólo por amor
Es decir, su trabajo es un acto de amor
Y por eso en Managua no podía vivir, porque allí casi nadie trabaja con amor, nadie trabaja por amor, es decir, no se puede vivir
Mi mujer en Managua no podía vivir
Trabajar es para ella vivir, trabajar, mejor dicho, es para ella existir, y por lo mismo trabajaba donde quiera que estaba
Trabajaba y trabaja
Tanto en su casa de la ciudad como en la casa de su hacienda
Criando seis hijos
Cinco varones —seis, para ser exactos, porque el quinto, Cristián, que era una maravilla, se murió de cuatro años— los mayores un par de gemelos y sólo una niña
(Cuando les daba de mamar a sus gemelos parecía la loba de Rómulo y Remo)
Cinco criaturas superactivas, en incesante movimiento como un cardumen de pepescas
Pecosos pelirrojos, a excepción del cumiche, casi todos el vivo retrato de su madre
Todo el día escapando a bañarse en el río, dándose rápidas zam-

bullidas, uno tras otro, haciendo bulla y metiendo ruido, con
palos y latas, todos gritando al mismo tiempo, por el peligro
de los tiburones, que allí pululan
Ella siempre sobre ellos, criándolos y educándolos
Haciéndoles hacer todo lo que ella hacía
Enseñándoles a ordeñar y a montar, ordeñando las vacas a la par
de ellos y montando a caballo con ellos, cada cual en su propio
caballo
Formando así tropillas de montados para arrear el ganado vacu-
no y recogerlo en los corrales
Otras veces tirando con ellos o refiriéndoles sus cacerías
En las llanuras del San Juan y en las montañas de La Azucena
tuvo en un tiempo fama de cazadora
Porque ella, en realidad, ha perseguido al tigre y tirado venados
Y hay un soneto mío sobre una de sus más bellas hazañas de caza
Todos sus hijos la admiraban por esto y todos aspiraban a ser
como ella
Desde pequeños aprendían con ella a manejar el 22 para matar en
los tacotales y en los pantanos próximos a la casa, palomas
pataconas, piches, zarcetas y patos reales
Como también pescaban a la par de ella los peces de agua dulce
que abundan en el río y sobre todo sábalos y tiburones, que
aunque inservibles para la mesa, son una pesca más deportiva
Y sacaban almejas —¡todas las que querían!— en los bancos de
arena donde frecuentemente se bañaban
Y también, enseñados por ella, se iban en bote, junto a la vega a
coger chacalines, desenredándolos de las raíces de los
camalotes donde se encuentran enredados
Ella en seguida les daba un banquete con formidables sopas de
pescado o de almejas, ricas como emulsiones y deliciosas en-
saladas de chacalines con mayonesa
Así les enseñaba mi mujer a mis hijos a amar el campo, la natura-
leza, que con tal abundancia de dones, paga, gracias a Dios, el
trabajo del hombre en algunos lugares de América
Les enseñaba a amar la tierra, y a trabajarla, como ella
A ser como ella y a vivir como ella

Cuando era una chavala como cualquiera de sus cinco chavalos
—menuda y mercurial como sus dos gemelos, pecosa y pelirroja como el que vive ahora en Alemania, sabe Dios dónde.

Cuando empezaba a llamarse Maruca

Cuando también su gasolina se llamaba Maruca

Cuando toda la gente del río, hasta los pasajeros de los botes y los canaleteros, la llamaban Maruca

Cuando decir Maruca o la Maruca era decir cómo era

La pequeña alemana que trepaba a los árboles con la facilidad de las ardillas

La que también escalaba las torres de los molinos aeromotores para ajustar las bombas que sacaban el agua de los pozos y llenaban las pilas donde aguaba el ganado

La que montaba en pelo y parejeaba con sus hermanos en los gramales de las plazuelas

La que primero se metía en los suamos, con el agua hasta el cuello, a la cabeza de las otras Kautz, tratando de agarrar las crías de los piches, que no se sabe cuándo se zambullen ni dónde salen

La que así mismo encabezaba las incursiones de la pandilla por la vega del río en busca de tortugas o huevos de tortuga y por el borde de la montaña buscando huevos de gongolona o gongolonas

La que lo más del tiempo travesaba, es decir, trabajaba, ella sola, entre las herramientas y los fierros —llaves universales, alicates, tenazas, desatornilladores— atornillando y destornillando, armando y desarmando, quitando piezas y poniéndolas, en el taller de mecánica de Mr. Gross, el abuelo alemán, que era ingeniero

El que formó la hacienda San Francisco del Río

Donde, ahora en el tiempo que digo

1938-1949

Mi mujer enseñaba a sus hijos

A hacer con ella todo lo que ella hacía

Los diversos trabajos de que ella se encargaba

La derriba y socola de la montaña y la chapoda de los charrales

El destronque y la limpia de los potreros y las rondas
La quema de los mismos y de los llanos
El pastoreo de los ganados
La siembra de los granos y la recolección de las cosechas
La construcción de graneros y casas y habitaciones para los peones
La excavación de pozos
La apertura de zanjas para desecación de los pantanos
La instalación y reparación de los motores
La construcción de botes y canoas
La cortada de postes y la tendida del alambre de púa para la he-
chura de los cercos
La dirección de las tareas de los trabajadores
La supervigilancia de los trabajos de los ajusteros
El manejo de los negocios con los tratantes en ganado y con los
tenderos de los pueblos cercanos y de las relaciones con los
vecinos
En fin, los mil asuntos de la vida en el campo y de la agricultura y
la ganadería
Aparte de las tardes y las noches de lectura en mi biblioteca bajo
el silencio campesino
La lectura de Shakespeare y del Quijote o Dostoievski y de nove-
las policíacas que son el pasatiempo de mi señora
Y nada más es necesario para explicarse que no pueda vivir en
Managua
Como tampoco en Nueva York, donde pasó cuatro años
Y trabajó en las fábricas de ropa de la 8a. Avenida
Donde un viejo judío
Él era, al parecer, buena persona, y la apreciaba mucho por su
pericia con la máquina o tal vez sospechaba que en ella había
otra cosa distinta, un mundo diferente para él desconocido
Pero el viejo judío no era más que un esclavo de su trabajo, un
hombre esclavizado por la locura de ganar dinero
Y según mi mujer, se mató trabajando
Aunque le gusta manejarlas, desarmarlas y armarlas, mi mujer
no concibe que nadie quiera ser esclavo de las máquinas
Mucho menos ser ella una máquina

En Europa se siente, por eso mismo, como en su casa
Sobre todo en España, donde ella tiene sus mejores amigos
Principalmente Luis Rosales, el gran poeta, y su esposa Maruja
Es en España, por supuesto, donde más ha vivido
Y no sólo en Madrid, sino también en Santander y en Salamanca
Ha vivido en Sevilla

Si ella fuera propensa a la nostalgia la sentiría por los pueblos de
España

Santillana del Mar

Alcalá de Guadaíra

Coria del Río

El Alcalde de Coria del Río y su familia eran amigos suyos y la
hospedaban en su casa

Viendo el Guadalquivir desde el parque de Coria, mi mujer re-
cordaba al San Juan y la hacienda San Francisco del Río

Cuando vive en España la siente como suya

Experimenta la sensación de estar entre su gente

Pero igualmente en Alemania donde tiene familia

En Saarbrücken estuvo con su tía Johanna, ya octogenaria, her-
mana de su padre

Pasó unos días en la Selva Negra con su prima Hildegard Maerker,
hija de aquélla, y con su prima Leonie Guillaín y su marido
Rudi, los cuales viven en Luxemburgo

En Nuremberg fue huésped del Juez Rodolfo Hable y su esposa
Thérèse, padres de Helga, la gran muchacha, amiga nuestra
desde Madrid y compañera de mi mujer en su viaje a Alemania

Hizo con ella todo su recorrido desde Colonia —en la que visita-
ron, naturalmente, la Catedral— hasta Munich, donde estu-
diaba nuestro hijo; o con más precisión, desde la Haya a
Nuremberg, ciudad de Helga, deteniéndose en Heidelberg,
Badenweiler, etc., etc., además de Saarbrücken, y vuelta a
Holanda

Desde Holanda también hizo el viaje de Italia, por la ruta del Rhin
y de Francia y de Suiza, entrando por Lugano, y vio Venecia,
Florencia y Roma y las otras ciudades y pequeños lugares con
sus inagotables maravillas —Asís y los recuerdos y monumen-

tos de San Francisco y los frescos del Giotto, y el hotel con el nombre del pintor franciscano, con un balcón florido desde el que se domina el Valle de Spoleto— y vuelta a Holanda

Mi mujer se fijaba, además, en detalles de otro significado

El paisaje del Golfo de Nápoles, por la tarde, visto desde el balcón de nuestro cuarto del Hotel Tramontano, en Sorrento —un antiguo palacio donde nació Torcuato Tasso y que ha tenido huéspedes inmortales, como Goethe, Lord Byron e Ibsen le recordaba que Squier lo compara con las puestas del sol en el Gran Lago, vistas desde la vieja Comandancia de San Carlos

En las Marcas Pontinas, desecadas por Mussolini, encontraba el modelo para la desecación de los pantanos en las riberas del San Juan

Y lo mismo en Holanda donde se interesaba en el sistema de hacer canales y zanjonés para el drenaje de las bajuras y la navegación de botes y gasolineras

Hasta en la propia Francia, más que París, le atrae la campiña francesa

Su mejor día en Francia fue el que pasó en la Beauce, merendando bajo los árboles y contemplando los trigales, a un cuarto de hora apenas de Notre-Dame de Chartres

Y todo eso entre gentes amigas, hospedada en sus casas, siempre rodeada de amistades

Si tomara el avión de mañana, probablemente la recibiría, al bajar en Lisboa nuestro amigo el poeta, Don Cristovam Pavía

Maravillosa Europa llena de amigos

Mi mujer en Europa nunca ha sido extranjera

Ella hubiera nacido en Saint Johan de no haber sido en Chichigalpa, Chinandega

Donde nació en la fecha febrero 18-1908

Precisamente la misma noche del día en que su madre volvió de un viaje a Europa

Por poco nace, pues, en Alemania, pero por suerte vino justo a nacer a Nicaragua

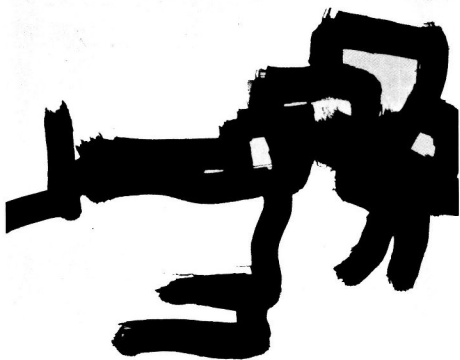
Por suerte, digo, para mí y sus hijos y para sus amigos y trabajadores

Como también para la zona del antiguo Bolsón de Guatusos
En la faja de altura situada entre los llanos de Río Frío y de Medio
Queso
Donde hoy está empeñada, a la par de sus hijos —dos de los cua-
les son ingenieros agrónomos— en el desarrollo de la finca
Las Brisas
Y en el desenvolvimiento agropecuario de toda la zona
Una región, por cierto abandonada
Una región desconocida, *terra incognita*
Donde se vive en forma casi primitiva
Casi al mismo nivel de los indios guatusos
En el umbral de la miseria
Pero en un territorio de incalculables posibilidades
Una tierra de sueños y mirajes
Donde los pobres que huyen de Nicaragua a Costa Rica y cruzan
la frontera, se han engañado desde hace un siglo creyéndose
tal vez en una Tierra Prometida
Como tal vez lo sea
Aunque hasta ahora sólo ha servido para especulaciones de fi-
nancieros y filibusteros
Para ligeras fluctuaciones en el precio de los pupitres escolares
de Baton Rouge, Luisiana, y de la consecuente disminución
del dulce de raspadura en la vega de Sábalo
Para la aparición y desaparición de ciertos sueros en hospitales
de Belice acompañada de nuevos daños causados por el tigre
en la pequeña piara de cerdos de Sombrero de Cuero
Para la muerte del pequeño Balbino Murillo, picado de toboba en
el río Isla Chica, en coincidencia con un LUNCH en Delmónico,
obsequiado por la Secretaria de Mr. Henry Bendel, Presidente
de la Belgian Shoes, Inc., al sobrino del propietario del Lagar-
to Store, Managua, y la apertura en Broadway 97-85 de una
venta de valijas de cuero de lagarto y de pequeños cuajipales
ornamentales
Para la quiebra del séptimo aserradero de la bocana del Santa
Cruz, la tercera visita de los socios capitalistas de Mr. Kinloch
—excelente escultor— a la gran plantación de raicilla que éste

tiene frente al Castillo, la cuarta y última suspensión de la compra de bananos en los bananales del Delta, la décima avería sufrida por El Patito de Ben Gross, primo de mi mujer, en los raudales del Sarapiquí, cerca de Puerto Viejo, y sobre todo
Para la misteriosa inserción de un *item* en el Wall Street Journal
Mi mujer, sin embargo, tiene fe en esta tierra
La tiene desde niña en estas selvas y bajuras donde corre el San Juan conectando al Gran Lago de Nicaragua y al de Managua y casi casi al Golfo de Fonseca con el Atlántico
Es aquí donde tiene su casa, hecha por ella —sólo aquí tiene casa— y las raíces de su existencia
Aquí a la orilla de la selva virgen y en las vegas del río, en la frontera, se cuenta ya la quinta generación de su familia de pioneros
El padre de su madre, su madre y ella, su hijo Manuel y la primera niña de éste, María José
Mi mujer no comprende su vida si no es para esta tierra
Es como si pensara que ella misma es la tierra en que ella y yo vivimos
No es que no haya tratado de vivir en Managua
Es que sencillamente no le gustaba
Aunque las máquinas de la fábrica no tenían secretos para ella y el personal le obedecía con espontánea disciplina
Los maquinistas y operarios y las muchachas empacadoras de cigarrillos no solamente le obedecían al pensamiento sino que al mismo tiempo la querían
Como la quieren todos los que la han conocido
Gonzalo, el tractorista, y su familia, la seguirían donde quiera que fuera
Lo mismo Chale, criado por ella —que actualmente maneja un tractor en no sé cuál de las dependencias del Ministerio de Agricultura— y su padre, Musuga
Porque ella es todo para ellos, como lo han sido para mí sus hijos
Porque ella, por ejemplo, es médica natural y los curaba y cura en sus enfermedades
Y en el campo les presta los primeros auxilios y aun les practica a

veces pequeñas operaciones de cirugía externa cuando han
sufrido un accidente, y en no pocas ocasiones ha asistido en el
parto a sus mujeres
Y es por lo consiguiente, madrina de sus niños y le llaman comadre
con gran respeto y no pequeño orgullo
Cuantos han trabajado con ella, cuantos la han visto en su trabajo,
nunca la han olvidado
Cuentan de ella y no acaban
Dicen que no hay otra mujer como ella
Una mujer extraordinaria
Una mujer como inventada por un poeta
Una mujer casada con un poeta
Una mujer por eso mismo verdadera
Una mujer verdadera mujer
Una mujer sencillamente
Una mujer

Tomado de: *Poesía nicaragüense*, selección y prólogo de Ernesto Cardenal, Managua, Ediciones el Pez y la Serpiente, 1975.



Dibujo. Tinta. 70.5 x 100.5 cm.



Collage noir. 70 x 100 cm.